



FEDERICO II.

## EL AMOR COMO ELEMENTO DE ARTE,

CONSIDERADO

en la literatura lírico-erótica de los provenzales.

A mi caro amigo Pepito Palet y de Villaba,

ANTONIO.

ARTÍCULO SÉTIMO.

PRÓLOGO.

### EL ELEMENTO RELIGIOSO EN LA LITERATURA.

Tócanos hoy, según lo indicado en el artículo anterior, cotejar los elementos constitutivos de la literatura arábigo-oriental y de la literatura de Provenza, con objeto de averiguar qué puntos de analogía ó semejanza existen entre ambas. Tres caracteres generales ofrece desde luego á la consideración del crítico la literatura de Oriente: caracteres que se manifiestan tales en nuestro suelo.

Es esta literatura ante todo religiosa, creyente.

El augusto nombre de Allah, que aun resuena bajo las espléndidas bóvedas de un cielo sin nubes; que se siente rodar en ondulaciones sin fin por la inmensidad del desierto; que alienta á las caravanas en sus silenciosas peregrinaciones, y al nombre del cual encuentra el perdido viajero hospitalidad y amparo: este augusto nombre de Allah, que se oye murmurado por la brisa de la noche, por el ruido monótono de las olas del lago que mece sus aguas á compás, y se eleva, canto de melancolía, nocturna plegaria al través las esferas celestes; este augusto nombre se cierne risueño como la imagen del amor, grato como la idea de la esperanza, sobre todas las páginas de aquella literatura.

Allí no se ve como en otras literaturas, la imagen del hombre, espectro descarnado y pavoroso, cruzar por medio de todos los hechos de nuestra existencia, de los sentimientos que brotan en nuestro corazón, de las ideas que atormentan febriles nuestra mente y verter sobre ellos, la duda, la negación, el especho, la muerte. No se divisa

allí la idea humana, fría y desconsoladora, luchar altiva con la idea divina, pretender sujetarla á su humano criterio, pretender vencerla y humillarla y alzar sobre sus ruinas el pendón de una filosofía insensata.

No se vé, por fortuna, en aquella literatura que brota fecunda de un suelo virgen; en aquella civilización basada toda en continuas, en fervientes aspiraciones religiosas; en aquella ciencia que se muestra ingenua revelando por do quier la idea de un Dios creador; en aquel arte que es la purísima expresión de la belleza que mana del candoroso sentimiento del árabe; en aquella naturaleza, en fin, que por sus condiciones especiales de majestad y grandeza refleja en todos sus modos la idea de la Divinidad; no se vé en esa literatura oriental al hombre limitado en sus obras, reemplazando en el mundo de la idea y en el mundo de los hechos, lo que únicamente al soplo vivificador de la razón creadora, de la mente divina, cobra vida, aminoración, movimiento. Siéntese, por el contrario, todo lo que tiene de grato y consolador para la humanidad, ver su razón, limitada é imperfecta, enlazarse á la razón divina, perfecta é ilimitada, y ayudarse de su poder, ó para visitar las eternas escalas donde aquella asienta su trono en medio de celestial armonía, ó para recorrer la tierra donde su imagen se refleja á cada paso, donde se cuentan sus manifestaciones por el número de los seres que encierra.

Cuando el hijo del desierto se duerme al arrullo acariciador de sus auras; cuando despierta al matutino rugir del león que saluda á la aurora ó al rápido correr de la gacela que cruza la llanura; cuando mide en su lento caminar la extensión del ilimitado desierto; cuando la pena invade su corazón y le atormenta en larga melancolía; cuando el placer agita su mente, ó el amor la mece en fantásticas ilusiones; cuando llora triste porque la cadena de la vida se ha detenido un momento, porque de ella se ha destacado, hoja seca que el viento de otoño arranca del árbol, uno de los seres amados que la forman; cuando canta amoroso á la sombra de esvelta palmera que ondea sus ramas á compás de sus clamores; cuando vive feliz ó sufre resignado en el apartado silencio de su modesto aduar, el árabe, el hijo creyente de profeta, invoca á Allah, confía en Allah, eleva á Allah su ardorosa plegaria. Al invocar el nombre de Allah, cuya sombra vé sin cesar

7 DE JULIO DE 1833.



vagando majestuosa por el ámbito del desierto, siente consuelo en su dolor, alivio en su pena y apareceñese los sombríos celagos del cielo de su melancolía teñidos de brillantes colores.

Al invocar el nombre de Allah, siente el árabe agrandarse su corazón, abrirse expansiva su mente á impulso de una idea creadora y brotar fecunda manantiales de sublime, de tiernísima poesía.

El sencillo habitante de las playas orientales, al ver como hemos dicho, reflejarse en los puros celages del cielo que contempla la imagen de la Divinidad; al oír su palabra que le trae el susurro de la brisa ó el perfume de las flores del lejano valle; al escuchar su voz murmurada por las olas del mar ó por el concierto nocturno de las esferas, ó por las voces misteriosas que se oyen durante la calma de la profunda noche; cree, espera, confía, se siente feliz, tiene fé en la dicha presente y fija su mirada en próxima, en cercana ventura. Creyéndose realmente el habitante del desierto, el viajero que cruza el espinoso valle de la vida, planta su tienda para un día tan solo y no cree vivir sino el tiempo que tarda el sol en trazar su carrera. Al terminar la jornada, el árabe cierra, como la flor, la corola de su existencia y se duerme al blando arrullo de sus auras, en brazos de la esperanza. Piloto que está seguro de arribar al puerto con tempestad ó con calma, deja la nao do voga rápida su existencia al capricho de las olas, á merced del primer viento que sopla. Mientras su corto viaje, cuando el viento ha cesado, cuando la nao se ha detenido en medio del océano, se ha inclinado sobre los remos y cantado lo triste, lo amargo, de eso que nosotros llamamos vida y que no es mas que una *cadena de males, cuyo último eslabon toca á la muerte*. Entonces ha cantado la soledad, que por doquier nos rodea en medio del mundanal tumulto; lo efímero, lo mentido de nuestra felicidad, en pos de la cual corre el hombre presuroso, siendo amarga decepcion cada paso que dá en la carrera; el vacío que deja el placer, el hondo surco que en nuestro corazón traza el dolor, la duda perpétua que asalta la mente; lo sensible que es una ilusión perdida, una esperanza largo tiempo acariciada; el eclipse del rayo de luz que alumbraba lo oscuro, lo siniestro quizás, de nuestros pensamientos. Entonces ha dicho cuán cierto es que en esta morada de pesares el dolor sucede al dolor, la aflicción á la aflicción, como el día sucede á la noche; que cada sonrisa de alegría se trueca pronto en una lágrima de tristeza; que ese fugaz instante de placer que ahora saboreamos será el dardo que luego desgarrará nuestro corazón. Ha dicho, en fin, que no es brillante claridad sino oscura sombra la luz que envuelve nuestra mente; que son falsas verdades las verdades de los hombres; que son mentidos ensueños sus aspiraciones de felicidad presente; que es su vida toda una locura, un delirio, un frenesí. Cuando ha dicho todo esto, el árabe ha cesado su canto, ha roto para siempre las cuerdas de su lira y recostándose de nuevo sobre su barchilla ha proseguido silencioso su camino.

Mas cuando se ha acercado al término de su viaje; cuando ha creído divisar á lo lejos el puerto anhelado, ha sacudido la túnica del dolor que le envolvía en negros pliegues, y nuevo cisne, ha entonado su postrer canto á la tierra, su último adiós á las orillas del lago do antes mecía su existencia. Y su último adiós á la tierra, su canto postrero, lejos de ser un adiós de amargura y de despecho, un adiós cruel dado en medio de los trances de sombría desesperación, un canto fúnebre y pavoroso, han sido un adiós lleno de sentimiento y de ternura, un canto inspirado, sublime, un canto de amor, de esperanza.

En la literatura árabe el poeta y el sacerdote se han confundido como en los antiguos tiempos.

Ambos han fijado á la par su mirada en el cielo y en la tierra: ambos han visto en el mundo un templo, en la tierra un altar y vagando por el espacio, y llenándolo todo, la sombra de grata, de adorada divinidad. Ambos han reconocido sus inmensos atributos, sus infinitas maneras de manifestarse á la mente del hombre, los beneficios que le dispensa, las gracias que le otorga benigno, y los paternales cuidados con que incesantemente le rodea. Ambos le han ofrecido por ello, en justo tributo de respetuosa admiración, en homenaje de sincera gratitud, el puro sacrificio de nuestro corazón, el pensamiento que agita la mente de la humanidad. Ambos han templado su inspiración al fuego de sagrada poesía y se han dirigido á sus semejantes para arrebatarnos á sus locos placeres, á sus ilusorias aspiraciones, á sus mentidos ensueños de felicidad presente, al estado de locura, de frenesí, en que vive y se consume. Ambos le han hecho bueno, religioso, creyente. Ambos han apagado el viento de la duda que secaba su corazón y le hacía estéril, cual flor que crece en desierto arenal. Ambos han sustituido á esas ilusiones fantásticas que acariciaba risueño, y en cuyo aéreo océano dejaba indiferente vogar caprichosa ó fatal la nao de su existencia, otras ilusiones mas bellas, mas hermosas, mas reales; á esos febriles ensueños que creaba nuestra mente en su turbulenta alegría, otros ensueños mas placidos, mas tranquilos y serenos. Ambos en fin, y esto es lo mas importante, lo mas consolador para nosotros que vivimos, ó mejor dicho, que sentimos disiparse nuestra vida, ajarse lentamente y marchitarse infe-

cunda la flor de nuestra existencia, ambos le han mostrado una secreta ventura, una misteriosa dicha oculta en el fondo del santuario, en el apartado silencio de cristiana soledad, en medio de las sombras que pueblan fantásticas el sagrado recinto, y á donde á la opaca luz de las lámparas que cuelgan ó á los placidos reflejos de la luna que penetra al través los pintados cristales, se dibujan por entre sus bóvedas, vagas, extrañas, simbólicas figuras. Lugar de incesante reposo donde el alma acude á olvidar sus pesares, las amarguras que la aquejan y que no menos elocuente que el aspecto de un cadáver y el silencio de la tumba, habla al corazón un misterioso lenguaje. Lugar de quietud donde el alma se pierde en estática oración, en ardiente plegaria y camina en alas de un amor que nada tiene de humano, en busca de luz y consuelo, en pos de desconocida paz, de inenarrable ventura.

¡Qué inmensa distancia, pues, entre el poeta religioso, creyente, lleno de respeto y entusiasmo hacia los objetos que todo un pueblo adora, hacia las santas ideas que forman á la vez la religión de su mente y de su corazón, y el poeta escéptico, indiferente, impío, tan solo lleno de fé en los goces materiales, en las groseras sensaciones de la vida, en el brusco tránsito del desesperado dolor á la febril alegría! ¡Qué inmensa distancia entre aquel que todo lo vé en Dios y el que todo lo considera en el hombre; que gasta todo el brillante fuego de su imaginación, toda la rica poesía de su mente, en discutir impasible sobre la dudosa existencia del primero, y en caso de existir, sobre los modos tambien dudosos de manifestarse, y afirma resuelto la problemática existencia del segundo, la fuerza de su poder, la grandeza de sus virtudes! ¡Qué inmensa distancia entre aquel poeta de Arabia que siente su corazón animado por el fuego de divino amor, y su mente alentada por perpétua tendencia á lo infinito, por la fé en sublimes verdades, en eternas concepciones, y este otro poeta de la moderna Europa que levanta él mismo el viento abrasador de la duda que agosta impío la flor de su existencia y le deja ya, en su temprana edad, solo, aislado, encerrado en el estrecho círculo de su personalidad, rodeado de ignominia y espanto envuelto en aterradoras tinieblas!

Si las creencias religiosas, si la fé en una sanción futura que restablezca el equilibrio moral de las acciones humanas, equilibrio en este mundo desconocido; si la esperanza de un bien vanamente anhelado, de una felicidad tan solo columbrada á lo lejos, de un consuelo que nos falta cuando sucumbimos al dolor; si la creencia en que suele merecer nuestra imaginación de una morada menos triste que la presente, de un mar menos tormentoso que aquel sobre el cual voga nuestra existencia, de un puerto mas seguro que el que se divisa en el oscuro horizonte; si todo esto es una ilusión, una mentira, un sueño, dejádselo por Dios; no desgarréis atrevidos el velo que cubre sus ojos, no apartéis de su vista el dorado prisma que tanto le atrae, que tanto le halaga y entretiene: dejadle compasivos su ilusión, su mentira, su sueño: es una ilusión que le sonríe, una mentira en pos de la que camina feliz, un sueño que le mece en gratos pensamientos. Si, lo que no es posible, al desaparecer la ilusión, al despertar de su sueño, al tocar la funesta realidad se aflige y desespera, al menos no tendréis vosotros el amargo sentir de haber anticipado su dolor con un temprano desengaño: no habéis hecho que, tocada la realidad antes de tiempo, trueque sus consentidas esperanzas en sombrío despecho y agote para siempre las fuentes de inspiración.

Es una verdad, á la par filosófica estética y literaria, que el corazón solo, que solo el sentimiento inspira la mente del hombre y la hace rica, fecunda, inagotable. Del corazón solo, como los rayos del foco de luz, como el embalsamado perfume del cáliz de las flores, como multiplicados riachuelos de copioso manantial, como natural consecuencia de inconcuso principio, del corazón solo parten los raudales de toda poesía, las fuentes de toda inspiración, los rayos de toda claridad.

Nosotros no concebimos una poesía ficticia, un arte compuesto, una inspiración fría, matemática, racionadora. La poesía artificial, trabajada, resultado de penosos esfuerzos, de largas elucubraciones, no es poesía sino en la forma, en la metrificacón, en el ritmo. La verdadera poesía, la que brota de un pecho fecundo, como dice Juvenal, de unos labios puros, como añade Fenélon; la verdadera creación, como la verdadera elocuencia, como el verdadero coste, no nace de la cabeza; no; no se origina de la idea que todo lo examina y deslie, que todo lo resuelve y comprueba, que ejerce sobre todo las minuciosas operaciones de la lógica severa, que exhala en fin sobre todo el frío soplo del análisis. No nace de la idea, porque la idea pura es abstracta, racionadora, filosófica y como tal satisfactoria para la inteligencia, casi siempre desconsoladora para el corazón.

Si lo que constituye la verdadera inspiración, el verdadero arte, es el corazón, el sentimiento que todo lo agranda y anima, que lo eleva y purifica todo, que hace al hombre poeta y creador, nosotros preguntamos ¿de qué fecundo manantial, de qué foco de luz recibe á su vez el corazón del hombre su inspiración, su fuerza creadora, su pureza, su santidad, su hidalguía? ¿De dónde recibe ese bello conjunto, esa preciosa síntesis de dignos, de nobles y elevados sentimientos, únicos



capaces de originar la inspiración, de derramarla abundante en la apartada esfera de la mente humana? ¡Ah! fuerza es decirlo muy alto por mas que se nos tache de tímidos ó fanáticos: que resuena en nuestros oídos á cada paso, que es pueril timidez, insensata nimiedad, sentir y creer las verdades religiosas. Fuerza es decirlo en un siglo como el nuestro en que domina con tiránico poder la filosofía de allende el Rhin, esa filosofía de razón pura, de orgullosa subjetividad, de caprichosa especulación, que tiene por primer apóstol á Manuel Kant: esa filosofía singular y rara, que podrá decir mucho á la mente y tanto que llegue á confundirla, pero que á buen seguro nada dice al corazón. Fuerza es confesar en presencia de esa filosofía árida é infecunda, propiamente de razón pura y á manera de contrapeso á la absorción total que pretende hacer de nuestra alma, que, de los sentimientos religiosos del hombre, de sus creencias intuitivas, de su fé en verdades superiores altamente consoladoras, mana sobre su corazón ese otro linaje de ideas y sentimientos que tanto le purifican y enaltecen. De la religión, de la fé, de la creencia en una vida futura no tan trabajada por el dolor como la que atravesamos; de una constante aspiración á lo infinito; á lo supremo ideal, á lo sublime, á lo que puede realizar nuestros gigantescos ensueños de ventura; á lo que puede descender el velo que ahora se corre sobre nuestra inteligencia, y hacerle divisar nuevos horizontes de perpetua claridad, nuevos lugares de inalterable bienandanza, de todo esto nace, lo repetimos sin rubor, lo noble y bello que encierra nuestra alma, la grandeza y fecundidad de su inspiración.

Si es falso esto que nosotros decimos; si no es mas que una ilusión que acaricia nuestra fantasía, por lo grata, por lo poética y risueña, no intentaremos probarnos lo contrario. Nos placen sobremedida las ilusiones del corazón, porque sabemos bien que no nos engaña. Dejárnoslas, por piedad, no exhaleis sobre ellas el viento de vuestra estéril negación. Si al abandonar la tierra, hemos de entrar en el mundo de la nada, queremos al menos entrar en él coronada las sienes de poética corona de ilusiones: menos sensible, menos penoso se nos hará el tránsito de la vida á la muerte, del ser á la nada, de la luz á las tinieblas.

Vosotros, que no habeis jamás sufrido; vosotros, cuyos ojos jamás ha escalado el llanto; vosotros, cuyas horas no ha marcado lentas y monótonas la aguja del tiempo en la esfera del dolor; cuya alma no se ha hallado una y otra vez envuelta en negro sudario de melancolía; vosotros en fin, que no habeis sentido irse poco á poco destacando de la cadena de la vida los eslabones que la forman en medio de honda tristeza, de amarga soledad, de sombría desesperación, de loco frenesí, del frenesí del dolor que rompe el alma y la desgarras; vosotros, que no sabeis sufrir, que no habeis jamás apurado la copa de amargura, no comprendéis cómo en medio de tanta pena, de tanta aflicción, de tanto abatimiento, se arroje el corazón del hombre en pos de una idea consoladora, de una idea de esperanza. Vosotros no concebís cómo el hombre se doble al pesar y no sucumba; cómo se muestre resignado y sumiso al dolor. Vosotros no concebís esto. Cuando se turba el cielo de vuestra aparente felicidad; cuando veis las luces del festín apagarse, retirarse los convidados, cesar poco á poco el ruido de la música; cuando veis que todo vuelve al silencio, que se extingue en vuestros labios la sonrisa, que se nubla vuestra frente y se corre sobre ella, frío y pavoroso, el velo de mortal palidez; cuando todo esto veis; cuando todo esto sentís, pronunciáis una palabra de muerte, una horrenda palabra, y con ella os despedís de la vida. Los ecos tristes de esa palabra glacial «suicidio» se han confundido con los que ha despertado exánime vuestro cuerpo al caer sobre las losas de la sala del festín.

Hé aquí, caro amigo, la razón por la cual si las creencias religiosas del hombre son ilusiones suyas, mentiras y engaños, que esto no puede ser, porque Dios no es tan cruel, tan impio, que se complazca en burlarse de la sencilla humanidad y mostrarle en medio de la oscuridad de la noche de la vida, un punto brillante en el espacio, un horizonte que huya á medida que se acerca á él; hé aquí por qué si son ilusiones y mentiras, son al menos ilusiones gratas, placenteras, consoladoras, fecundas; mentiras que halagan y entretienen nuestra fantasía; flores embalsamadas que orlan las márgenes de la vía que atravesamos; ensueños que nos mecen, cual nido de alción sobre las aguas en medio de mil lujosos encantos, de mil prismáticos colores. Hé aquí porque no es oportuno, no conviene de ningún modo desengañar al hombre, si es que vive engañado, y hacerle creer que, flor del valle, cuando sopla el viento de la tempestad, la arranca al lugar do crece ó lozana, ó marchita, y agitándola un momento en el espacio, la arroja luego lejos de sí y hace desaparecer para siempre. Hé aquí, en fin, porque si es de suyo ingrata la tarea de nuestra existencia; si es tan tempestuoso el mar por do vogamos antes de llegar al puerto; si tan amarga la copa de placer que acercamos á nuestros labios; si nada en la tierra nos contenta y satisface; si nada llena nuestra alma; si todo es una cadena de males, un ramillete de flores que va deshojándose á medida que sobre ellas cae nuestra lánguida mirada; hé aquí porque no conviene, no, hacer nuestra labor aun mas ingrata, mas desahucible el tra-

bajo de la vida, mas tormentoso el océano que cruza la existencia mas pesada la cadena de nuestros males, mas lánguidas aun las flores que desaparecen á nuestra vista.

Si esto que decimos es aplicable á la vida moral, á la vida del corazón ¿no lo será también á la vida de la inteligencia? ¿No podremos aplicarlo á la vida literaria, á la vida del poeta? ¿No es verdad que si el corazón inspira la mente y es fuente de toda verdadera poesía, como lo reconocemos nosotros los hombres del arte cristiano, como lo reconocieron igualmente los antiguos, como lo proclamaron Horacio, Virgilio, Juvenal y los oradores y filósofos de este arte; no será verdad que, secado el corazón, agotada la fuente de los sentimientos religiosos, se agotará el manantial que desde aquel corre hacia la inteligencia? No negaremos nosotros que la duda, el escepticismo, la negación, han producido grandes poetas; que poetas y escépticos eran Goethe, Byron y Espronceda. Pero mas que poetas de sentimiento, eran poetas de idea, elevadas inteligencias, fecundos ingenios, descarriados tal vez, cual fatales planetas; tropezando por do quier en su ciego curso y esparciendo por do quier, brillantes meteoros, la luz, la claridad y el horror y el espanto. Eran poetas de idea, de razón; porque téngase presente que así como hay poetas de sentimiento hay poetas de inteligencia; como hay una verdad, un arte, una filosofía, una ciencia de corazón y otra verdad, otro arte, otra filosofía otra ciencia de cabeza. No negamos nosotros esto, no. Lo que queremos decir es la inmensa distancia que separa al uno del otro; la grande oposición que existe entre los principios de donde para ambos mana la inspiración poética; los diversos resultados que para la elevación y santidad del arte, para la satisfacción y consuelo del hombre, para su progreso y perfeccionamiento social, nacen de la idea que sale del primero, brillante y esplendorosa, ataviada y bella, cual dama que va á entrar so el yugo de himeneo, y los que parten pobres y mezquinos, casi siempre rayos de oscura luz, de la inteligencia humana, astro que vaga perdido en el espacio, planeta que brilla ó se oscurece segun de donde recibe el resplandor ó las tinieblas.

La distancia que señalamos es, inencomurable, inmensa: no se borrará jamás ni se amenguará un punto por mas que á eso tiendan nuestros esfuerzos. Nace de hechos opuestos, de principios contrarios, cuya oposición y contrariedad siguiendo las leyes de la proporción, crece y se aumenta á compás del desarrollo que adquieren.

La idea que brota de la mente como motivo de inspiración, ó que mana de un sentimiento apagado, de un corazón que hace tiempo ha cesado de latir, de un alma livida y cadáveriza, hecha cenizas por el fuego de febriles emociones, esa idea será una idea muerta también ó todo lo mas galvanizada por un supremo esfuerzo de nuestro ser. Será una idea de despecho, de encono, de muerte; idea que repugne y hastie, que queme y abraza al contacto de su rápido pasar; idea pobre, mezquina, estrecha, que se fije en cosas pasajeras, en flores de un día, en un hombre, en una mujer, en un placer perdido, en una temprana ilusión arrebatada; idea limitada é infecunda que lejos de suministrar-nos fuerzas para sufrir nuestros males, lejos de procurarnos alivio, lejos de satisfacer la ansiedad constante de nuestro corazón, de llenar el vacío que en él sentimos y apagar la sed de felicidad que le atormenta; lejos de esto, le muestra impasible la horrorosa realidad de sus padecimientos, la certeza de su amargura, la inflexibilidad de su destino. Le persuade inhumana que en este mundo á un desengaño sucede fatal otro desengaño, á un pesar otro pesar, á una lágrima otra lágrima y que en vano nuestro dolorido corazón busca ansioso en mejores moradas un consuelo á su pena; que si anublado está el cielo de nuestra terrestre ventura, anublado permanecerá sin que un rayo de luz venga un solo día á iluminarle.

Semejante poesía nacida de una idea muerta, herida al aparecer en el terreno del arte de esterilidad, desarrollada en medio de oscuras y á veces ignominiosas tinieblas, producto de un sistema de creencias que apellidaremos negativas, no llenará jamás su misión. Misión altamente provechosa, altamente fecunda y civilizadora que, como es de presumir, no es otra que la de elevar y purificar los pensamientos del hombre, enaltecer y santificar sus ideas, dar á sus sentimientos mayor fuerza y desarrollo, ensanchar por decirlo así sus facultades propiamente estéticas y hacer que por la contemplación, por el estudio y cultivo de la belleza ame lo bello, lo grande, lo sublime, se apasione de cuanto noble y elevado, ora en el mundo real, ora en el mundo ideal se manifiesta á sus ojos, lo contemple con afán y cariño, lo cultive y estudie incesantemente y forme en torno á su alma tan preciosa atmósfera de belleza, que todas sus manifestaciones nos revelen la fecunda presión que sobre ella ejerce tan saludable y simpática atmósfera.

Esta es, caro amigo, esta es y no otra la misión de la belleza.

Este es el noble, bello, y también fecundo resultado del sentimiento religioso, considerado como elemento de arte en la literatura de los pueblos.

ANTONIO DE AQUINO.



## LO QUE SE VE DESDE UNA TORRE CRISTIANA.

Gracias á ese átomo de civilización que desde la alcantarilla de Atocha nos lleva en nueve horas á Albacete, en menos de viñicuatro se presenta á los fastidiados ojos del vecino de Madrid la pintoresca Murcia, reclinada desdeñosamente en el fondo de su huerta como una odaliscas reclinada en los tapices de Persia del serrallo. La transición no puede ser mas agradable, mas dulce al madrileño. De campos áridos, de flores artificiales, de aguas fétidas, de raquíticos horizontes pasa en menos de un día á ver verdaderos campos con verdadera frondosidad, verdaderas flores que turban el sentido con sus penetrantes aromas, bulliciosas y cristalinas corrientes por todas partes, ora entregadas á sí mismas con toda la rotunda poesía de la naturaleza, ora, lo que es mas frecuente, dirigidas por la mano del hombre en cauces, acequias y cañerías; y en fin horizontes que ensanchan el alma, unidos al cielo por la copa de las gallardas palmeras.

Ciudad ignorada, ó por mejor decir desdeñada: Murcia es un nuevo goce inesperado que trae el ferro-carril á las puertas de Madrid; porque pocas personas recuerdan que era uno de los centros mas activos de la gente morisca, y ya estamos acostumbrados á no ver maravillas de sus artes, sino en Córdoba, Sevilla y Granada; Murcia, es verdad, no las encierra de mucho ni de poco precio. El cuerno de Amaltea no vertía aquí para los árabes sino frutas y flores, y á las provincias agricultoras dieron como entendidas la preferencia; pero le queda á Murcia todavía ese indefinible tinte árabe que ningún pincel reproduce; esa poesía en el cielo, esa voluptuosidad en el ambiente, esa melancólica alegría en las casas y en las calles; y le quedan sobre todo á Murcia sus huertanos y su huerta donde se pasea todavía la sombra de D. Jaime el Conquistador; donde se oyen todavía los lastimosos gritos de los pobres jardineros, que acaso por ganar un sombrero colorado arrancó el duque de Lerma de su jardín y de sus flores.

Estas emociones á las puertas mismas de Madrid sorprenden y deleitan mas, como hemos dicho, porque cojen mas de nuevas. El que vá á Andalucía sabe que vá á la Meca meridional; antes de perderse entre las columnas de la mezquita de Córdoba, ha visto ya relucir la vencedora cimitarra de Almanzor; antes de distinguir en el horizonte como una saeta, disparada al cielo el gallardo Giralddillo, ha leído los versículos del Alcorán estampados en el friso del Alcázar de Sevilla; y antes en fin de ver las manchas de sangre de la marmórea pila, ha contado ya las cabezas de abencerrages que cayeron en el patio de los leones de la Alhambra.

En Andalucía no sorprende nada; vá el viajero preparado á las maravillas, mientras en el jardín que baña el Segura no esperamos ciertamente hallar tan vivo el espíritu de los hombres que lo sembraron. Como que las flores al oírlo se convierten en hojas secas que se lleva el aire; y los palacios y los templos, y las cortes de los califas resisten al furor de los siglos; pero estas flores moriscas deben de ser eternas, no hay duda alguna.

Cuando al anochecer de una tarde de junio sube el viajero á la torre de la catedral de Murcia, émula digna de la Giralda, y estudia el inmenso panorama que ante sus ojos se desarrolla, no son recuerdos poéticos los que se agolpan á su mente, no, es una ilusión de tal naturaleza que suprime los siglos y las conquistas, los reyes, los pueblos y las religiones, para creer presente lo que es triste pasado. Si entonces se fija el viajero por acaso en las cruces benditas que coronan las bóvedas laterales del templo, restriégase los ojos y cree que verdaderamente sueña, porque esperaba hallar la media luna.

El horizonte arde: ráfagas de color de naranja, sudario del sol que acaba de morir, revelan al viajero que es el cielo de África el que le cobija. El ambiente viene impregnado en aromas salvajes ó dulcísimos; ora trae los murmullos acres del mar, ora los cantos de los jilgueros de la huerta, ora el olor de sus flores y de su bosque, ora en fin el tibio susurro de las aguas que como animadas de un espíritu inteligente se dirigen á regar lo que quiere el hombre que rieguen. El Segura, mártir de la belleza campestre, sangrado por mil partes, explotado en todas, en ninguna libre, parece un esclavo que cubre con flores sus cadenas, y reasume todos los susurros de las acequias y las cañerías en un suspiro profundísimo que llena el ambiente de melancólica dulzura.

A los pies del viajero está la ciudad tendida mansamente como banda de palomas, que rendidas del calor se posarán bajo los árboles. El muelle y voluptuoso silencio de las ciudades moriscas no ha huido de Murcia todavía, que eran estas poblaciones á las castellanas por lo tocante al ruido lo que el amor mudo de los besos y las caricias al amor estrepitoso de las serenatas y de las trovas. La línea que separa al meridional del africano es en esto muy perceptible.

Fáltanle á Murcia monumentos árabes, ya lo hemos dicho, pero tiene en cambio, mirada á vista de pájaro, la fisonomía mas oriental

que pueda imaginarse. Parece que la emboza una capa negra, y es el piso de sus terrados que lo hacen con una tierra oscura. Esta igualdad, que en la perspectiva pudiera ser monótona, la altera pintorescamente la pared blanca que separa unos terrados de otros. Dicho sea entre paréntesis y sin tanto así de malicia: en ninguna parte se puede cantar con mas razón que en Murcia aquella copla:

Es el amor terreno  
tan poco firme,  
que parece una cuerda  
de volatines;  
y en sus enredos  
parecen los amantes  
volatineros.

Gracias á los terrados, en Murcia todos los amantes parecen volatineros. A cada paso desde la indiscreta torre de la catedral se ven cuando empieza la ciudad á envolverse en sombras, misteriosos bultos de figura humana, que saltando las paredes divisorias de los terrados recorren quizás una calle entera hasta reunirse con algun otro bulto femenino, en cuya compañía se apartan luego á un rincón donde los tenga Dios de su mano, que aquí la sangre hierve.

A estos terrados es costumbre que salgan á pasear las murcianas á la caída de la tarde, con que ya se comprende la poética perspectiva que presentarán las casas á vista de pájaro. Pónganse en esos terrados toldos de colores, siéntese esa aérea tertulia en muelles almohadones, agréguesele un fumador de larga pipa, y como el atavío de las personas no lo alcanzan á distinguir los ojos, cata á Murcia la cristiana convertida en una población turca. ¿Quién creerá que en una catedral pueda pensarse tanto en Mahoma?

Y á dicha tendrá por cierto el viajero que sea un tanto fantástico no distinguir los trajes femeninos, que ellos marchitarían su ilusión instantáneamente. Intolerable y horroroso anacronismo hacen en los terrados los insulsos vestidos que cubren los pies, los prosaicos pañuelos de *vorege*, y los tocados mequinos de tul, que con insufrible monotonía gastan hoy todas las damas europeas; mas tambien para este disgusto encuentra el viajero compensación en la catedral de Murcia; pues un anteojo de larga vista le permitirá escudriñar los mas recónditos sitios de la huerta, y reconocer á su sabor aquellas verdades que serpentean entre los árboles como culebras de nieve, aquellos caminos entoldados de verdura que parecen conducir al paraíso, y aquellas *delanteras* de las casas de campo donde bailan el domingo zagalas y mancebos y trabajan entre semana todos los individuos de la familia.

En estos rostros y en estos trajes sí que el viajero hallará ocasión para creerse en la mismísima Morería como dice el vulgo. Los saragüelles blancos, que moriscos y moriscas usaban la ancha faja de colores vivos, que está pidiendo á voces una cimitarra, la camisola de echura de jubón, la manta abigarrada y con alhamares, que según las varias posturas y ocasiones era en nuestros moriscos equivalente á capa, ó tabardo, y en los viejos y graves á lobo... ¿qué mas? hasta la famosa *monteriquia* es indudablemente una degeneración de la *chia* hebrea que usaban nuestras razas proscritas, ó de la caperuza que traían en los últimos tiempos las gentes castellanas, confundidas ya con sus enemigos. ¿Y el turbante, se dirá, el turbante que es prenda típica, característica del traje moruno? El turbante está compendiado tambien en la *monteriquia*. Los especialísimos sastres de la huerta han hallado el modo de hacer mas monteras al revés de las de Sancho Panza, pues con poco paño abultan mucho, abuecando la cabeza grandemente, y aun deben de ser mas anchas, pues con frecuencia llevan los huertanos debajo un pañuelo ceñido, y entonces la ilusión es completa, ganas dan de llamarlos Aben-záide, ó Rusafa, ó Abdul.

Camino del castiño de Monteagudo, que son unas ruinas inaccesibles que trascienden á árabes desde legua, aunque el nombre se lo dieron los cristianos, espantó yo cierto disanto con una pareja huertana que sin duda platicaba amores debajo de un limonero. De mediana estatura el galán, nervioso y retorcido de miembros, bronceado de rostro, pobre de barba, ardiente en el mirar, bullicioso en el sonreír, pinturero en la postura, amorosamente desmayado en los ademanes, relucía de puro limpio con su traje de fiesta. Blancos como el armiño sus saragüelles y su camisa, hacían resaltar de un modo admirable sus nervudas piernas y sus contorneados brazos. En su faja y en su manta, recién salidas de la calle de la Trapería, brillaban todos los colores del arco iris, y como la primera se acababa de estrenar, tersa y poco maleable, envolvía su cintura con verdadera profusión, desde mas abajo de las caderas hasta la tetilla. Soplaban además el levante húmedo de la huerta y llevaba para abrigarse estendida sobre los hombros la manta á modo de casulla. ¿Quién lo creería cristiano?

Elia, la huertana, aparte cierta palidez enfermiza muy comun en el país, pudiera pasar por tipo de la degenerada raza mora. No muy



alta, rehecha, de contornos redondos, abultada de pechos, cimbradora de talle, fornida de piernas y brazos, con unos ojos negros como enjirnas y unas caídas de pestañas amorosas, con unos labios un tanto livianos remangados, de color quebrada, y un cuello ni largo ni corto, pero admirablemente compuesto, cubría su cabeza con un pañolón blanco, que solo se diferencia de las sábanas que usaron las moriscas en los flecos que casi arrastran. Mirada por detrás la huertana, nadie diría que aquello era un pañuelo. Completaba su atavío un vestido á media pierna que la dejaba ver desnuda, unos alpargates que son sandalias al pié de la letra, con galgas y grandes lazos hasta mas arriba del tobillo, y unas arracadas ó pendientes en verdad disformes, pues hasta los hombros le caían. Este uso es general.

Los que hayan leído cierto artículo que consagramos días pasados á la poética historia de los *celos* y *las mantillas*, hallarán aquí un nuevo documento que apoya nuestras opiniones. El manto fué el primer grado de la degeneración de la clámide; al manto español correspondía exactamente la sábana morisca; el primero, pasando por el rebocillo, ha descendido hasta las mantillas modernas; la segunda, menos degenerada, es hoy exactamente el pañuelo-sábana de las mujeres de la huerta. Prueba por cierto esta argumentación una cosa que nos favorece muy poco, y es que la raza morisca ha degenerado menos que la castellana.

Por las veredas de la huerta bajan los domingos á Murcia un verdadero aluvion de huertanas y huertanos así vestidos, que invaden la ciudad como conquistadores. Entre semana, de lo que menos se acuerdan es de reunirse con sus semejantes. ¿Cómo será de numerosa esta población medio salvaje y medio humana que en todo el reino se le llama la Rusia, si bien se la debía de llamar la morisma?

El género de vida que traen á orilla de sus acequias, medio hombres, medio anfibios, recibiendo por adarme los rayos de un sol ardiente á través de un toldo de verdura impenetrable, las mas veces los hace ocasionados á crueles enfermedades, y les pone como es sabido, cuando soplan ciertos vientos, un humor de todos los diablos que da mucho que hacer á los jueces de primera instancia. Matan ó asesinan por un quitame allá esas pajas, y raro es el baile de la huerta en que no intervienen unos cayados muy gruesos de madera amarilla que todos gastan. Cuando esto sucede, á imitación de sus hermanos andaluces, empiezan por desbacharse de la guitarra, como si acabada la música debiera empezar el llanto.

—¡Quita las manos! gritan al tocador, blandiendo el cayado.

El tocador recoge pausadamente las manos en los bolsillos, y la guitarra queda sobre sus piernas á merced del cayado, que no tarda en darle un beso mayúsculo que la hace callar para siempre.

Y empieza el vapuleo. Cada trancazo deshace una cabeza.

Aquí no hay por fortuna trabucos en tanta abundancia como en las huertas de la inmediata provincia de Alicante. Solo Elche y Orihuela poseen mas trabucos que los barrios madrileños de Lavapiés y Maravillas.

Con la pintoresca ermita de la Fuer-Santa se completa el cuadro de lo que se vé desde la torre de la catedral. No hay que buscar en Murcia otros espectáculos de primer orden, excepto en la misma catedral una capilla que merecia artículos aparte. Bajando luego á la población, lo que se encuentra de mas bello es un paseo titulado de Florida-blanca por la estatua del ilustre murciano que entre sus flores y sus frutales descuellan. El del Malecon, que corre á la orilla del Segura mirando á poniente, es segun lo indica su nombre una simple muralla destinada á impedir que invada el rio la huerta; mas como el paseo la invade á su vez tiene magníficos puntos de vista. A la caída de la tarde en particular, cuando los pájaros despiden al sol, cuando el Segura suspende sus quejidos, y las ranas y los insectos de la noche destemplan armoniosamente la música de la naturaleza, se ven desde el Malecon dibujadas en el purpúreo cielo las gigantes palmeras de las cercanías, símbolos de la inteligencia humana que desdeña la tierra en la que solo vive su cuerpo miserable. Esta es la única hora en que deja su nido alguna lánguida murciana. El resto del día como no sea de misa, no se vé por las calles una sola mujer. Los cafés de Murcia nada tienen de particular, y mucho de malo; pero en cambio el casino es una verdadera perla. Excepto el de Cadiz, no he visto ninguno que se le aventaje en elegancia y riqueza. Aunque algunas posadas se pavonean con el título de fondas, solo se vive confortablemente en la fonda francesa, establecida en la casa que fué Cárcel de la Inquisición. El comercio, reducido á la esportación del esparto y de las frutas, es antes pobre, que otra cosa. Indolentes, como todos los españoles, estos murcianos no han estudiado siquiera el medio de que sus esquisitas frutas duren lo suficiente, ora sea estrayéndolas el aire, ora sometiéndolas á otro procedimiento, para esportarlas al extranjero por el vecino puerto de Cartagena. ¡Ignoran quizás que los industrioses ingleses surten á todas las Américas de frutas españolas, que parecen recién cogidas del arbol?

V. BARRANTES.

## ANTIGUALLAS RANCIAS

MANDADAS A RECOGER Y QUE SACA Á LUZ

Fernán Caballero.

Si existe alguien que haya leído todo lo que hemos escrito, lo que no es probable, pero tampoco es imposible, habrá notado que es nuestro anhelo, nuestro afán y nuestra especialidad el buscar origenes y causas á las cosas, sacar consecuencias y conjeturas, y escudriñar el *porqué* de aquellas mismas. En este ramo *tememos* mucho el llegar á ser una *notabilidad*.

Este nuestro sistema es el que se practica hoy día para escribir la historia; nosotros claro es que no nos metemos en cosas tan graves ni en tales honduras, y que con el indicado moderno sistema solo tratamos de asuntos de *academias abajo*, sacando nuestras noticias de tradiciones, romances, consejas y creencias populares. Todo el mundo ha manoseado estos datos que nos es tan grato poner en relieve sin



(Napoleon, primer cónsul.)

darles valor cual lo hacian los Indios con el oro antes que los conquistadores lo valorasen, como lo harán las futuras generaciones cuando lloren estas cosas perdidas. Nosotros tenemos el placer de haber explotado con fruto estas ricas minas; así es que hemos averiguado que el álamo blanco fué el primer árbol que hizo el Creador, que por consiguiente es el mas viejo, y que por eso está cano el Adán vegetal; igualmente hemos sabido que la serpiente andaba derecha, erguida y orgullosa con su triunfo en el paraíso, pero que habiendo la Sacra Familia en su huida á Egipto encontrado á una entre unas breñas, le quiso morder al niño Dios, y que San José indignado la dijo para pararla: «cae, soberbia, y no te vuelvas á levantar» y que desde entonces se rastrea. Sabemos tambien que los sapos y culebras existen con solo el fin de absorber en sí los venenos de la tierra (1); en fin, muchas otras cosas que hemos trascrito ya, y otras que transcribiremos, pues todo se andará si la saga no se rompe.

Pero entre estas cosas hay una que vamos á consignar ahora de miedo de morirnos del cólera, y que baje al sepulcro con nosotros, pues ya no existe apenas y con ella desaparecerá su recuerdo.

(1) Una asercion moderna añade que no pudiendo los sapos y culebras bastar á su tarea se han inventado los periódicos políticos para ayudarlos.



Cuando la fé llenaba los corazones hasta hacerlos rebosar, eran traídas á miles las ofrendas y los exvotos al templo del Señor; hoy día que somos ilustrados, empléase de otro modo el oro, las cosas selectas y las artes, pues como dice el poeta (1)

En el siglo diez y nueve  
Nadie á tener fé se atreve,  
Y no hay quien en milagros crea.

Bien está... nos equivocamos, mal está.

Los primeros huevos de avestruz, que en sus viajes por Africa pudieron haber los españoles, fueron depositados como una maravilla, sea como exvoto, sea como ofrenda en las iglesias, en las que sujetos con lazos de vistosas cintas colgaban ante los altares como adorno de gran valor. Aun se ven en pueblos humildes, ante un modesto altar, algunos de esos enormes huevos que parecen melones de porcelana con sus ajados y descoloridos moños. ¿Quién los trajo? ¿dónde se los halló? ¿quién los colgó en aquel lugar? Al mirarlos asaltan la mente estas preguntas, que lanzan al sentir y á la imaginación en el vasto campo de conjeturas inaveriguables, pero todas dulces, santas y románticas.

El pueblo español, que tiene una imaginación que siente, no pudo ver el objeto material sin adherirle una idea; le hizo un símbolo su ferviente corazón. La idea adaptada para los hermosos huevos de avestruz colgados ante los altares, es la siguiente que sabiamente calificarán los santones de la *despreocupación*, de fanática ó supersticiosa, adlibitum, y que entregamos á los misioneros protestantes que nos honran, como mortífera arma contra los ignorantes y malvados papistas.

Diz que el ave que pone esos huevos que parecen de mármol no los puede sacar porque no los puede cubrir, ni su calor basta á traspasar la dura concha; pero tiene este pájaro tal fuego en su mirada encendida por el ansia de sacar á sus hijos, que mirando los huevos de continuo y sin distraerse con esa ansia, ese amor y esa consagración penetra, el cascarón y saca á sus hijuelos. Así es que pueden estos huevos ante los altares en que se celebra el santo sacrificio de la misa para enseñarnos que fijemos el altar con el mismo amor, con la misma ansia y sin que nada nos distraiga. ¡Oh poetas! si quereis mover el corazón, lo que es vuestra misión, aprended algo menos en las aulas y algo mas del pueblo que sencillamente cree y siente!...

Referiremos ahora algunas etimologías de dichos y refranes que se han hecho sumamente conocidos, sin haber necesitado producir su procedencia. La primera será la del conocido dicho: *allí me las den todas*. Había una vez un tramposo que á todo el mundo debía y no pagaba á nadie. Uno de sus acreedores se fué á quejar al juez, el que mandó al deudor un alguacil con la intimación de que pagase al punto. El alguacil era muy grave, y por respuesta á la intimación recibió una bofetada. Volvióse al juzgado y le dijo al juez: Señor, cuando voy á notificar algo de parte de V. S. ¿á quién represento? A mí, contestó el juez.—Pues señor, prosiguió el alguacil señalando su carrillo, á esta cara de V. S. han dado una bofetada. Ahí me las den todas, repuso el juez.

Esta es la del otro dicho: *quien no te conozca te compre*.

Tres estudiantes pobres llegaron á un pueblo en el que había feria. ¿Cómo haríamos para divertirnos? dijo el uno al pasar por una puerta en la que estaba un borrico sacando agua de la noria.—Ya di con el medio, contestó otro de los tres; ponedme á la noria y llevaos el borrico, que vendereis en seguida en el Rastro. Como fué dicho fué hecho. Después que se hubieron alejado sus compañeros con el borrico se paró el que había quedado en su lugar... ¡Arrel! gritó el hortelano que trabajaba á alguna distancia. El borrico improvisado no se movió ni sonó la esquila. El hortelano subió á la noria, y cuál sería su sorpresa al hallarse su borrico convertido en estudiante. ¿Qué es esto? exclamó: mi amo, dijo el estudiante, unas pícaras brujas me convirtieron en borrico, pero ya cumplí el tiempo de mi encantamiento y he vuelto á mi primitivo ser. El pobre hortelano se desesperó, pero qué había de hacer? le quitó los arreos y le dijo que se fuese con Dios. En seguida tomó tristemente el camino de la feria para comprar otro burro. El primero que le presentaron unos gitanos que lo habían adquirido, fué su propio borrico, apenas lo vió, cuando echó á correr exclamando: *quien no te conozca, te compre*.

Otro dicho es, *yo te conocí ciruelo*.

En un pueblo quisieron tener una efigie de San Pedro y para el efecto le compraron á un hortelano un ciruelo. Cuando estuvo concluida la efigie y puesta en su lugar, fué el hortelano á verla, y notando lo pintado y dorado de su ropaje le dijo:

glorioso San Pedro  
yo te conocí ciruelo,

(1) D. Vicente Barrantes.

y de tu fruta comí  
los milagros que tú hagas  
que me los cuelguen á mí.

El que tiene capa, escapa, proviene de cuando se hundió el puente nuevo en el Puerto de Santa María por la gran cantidad de gente que se aglomeró sobre él. El capitán general O'Rely, había prohibido para evitar desórdenes y robos, que se dejase pasar á los que llevasen capa, por lo cual ninguno con capa cayó al río.

Es muy usual el ponderar la pobreza de un individuo, diciendo que está á la *cuarta pregunta*. Deriva esta aserción de que en los interrogatorios para justificaciones de testigos sobre varios objetos, y entre ellos el de acreditar pobreza, se acostumbra comprender este extremo en la *cuarta pregunta*, en los términos siguientes:

Cuarta: ¿si sabe el testigo y le consta que la parte que lo representa es pobre sin poseer bienes raíces ni rentas, por manera, que cifra su subsistencia absolutamente en el producto de su personal trabajo?

## ULRICO DE ANDUZ.

(Conclusion.)

- En mi mano.
- No habrá necesidad de cargar mas que una, no es verdad?
- Como querais.
- Cargadla, pues.
- Es cosa que no entiendo. Vos sois militar y os corresponde de derecho.

—Dádmela.

Cargó el jovencillo una pistola, cojió la otra y en seguida metió las dos en un saco que alargó á Ulrico, diciéndole: Elegid. Metió este bruscamente la mano, y sacó una pistola.

—A dos pasos, dijo el joven; montad, que yo cuento los golpes al tercero, fuego!... Uno... dos... Aguardad... se me ocurre una idea... Una cosa no hemos previsto, y es que ni uno ni otro queremos pasar por asesinos, no es verdad? Escribiremos, pues, con lapiz en un papel nuestra recíproca conformidad á este desafío.

—Todo lo que querais, dijo Ulrico. Escribid, que yo firmo.

Pero era el caso que ninguno de los adversarios tenía papel ni lapiz.

—Lo dejaremos para mañana, dijo Ulrico.

—No, respondió con viveza el hermano de Margarita; no, aun hoy es demasiado tarde. Mañana he de estar vivo en Tolón ó esta noche he de quedar muerto en el puente de Gard! Y al decir esto echó una mirada sobre el doble abismo que caía perpendicularmente debajo de sus pies.

—Todo puede arreglarse, dijo repentinamente, vos teneis vuestra pistola, yo tengo la mía; guardemos nuestra suerte: estended vuestro brazo, como yo, sobre el precipicio, y tiremos del gatillo. El que tenga descargada su pistola se precipitará en el abismo, y de este modo creará que ha sido un suicidio. No es verdad?

Convenidos, dijo Ulrico; esto me acomoda tanto mas cuanto que acabo de dejar á un amigo, persuadido de que iba á suicidarme. Cuando gustéis, señor.

Los dos adversarios apoyaron sus armas sobre el tronco de una higuera salvaje que salía de la cornisa del acueducto. Al dar la señal, no se oyó mas que un tiro: la pistola de Ulrico había hecho fuego. Arrojó el mancebo la suya y se lanzó al abismo.

—Cogióle Ulrico en el aire; pero con el esfuerzo, perdió tierra y quedó suspendido sobre el horrible precipicio; pugnaba el jovencillo por desasirse de la vigorosa mano que lo sujetaba en la vacilante cornisa. Ulrico, para dar un punto de apoyo á su fuerza, abrazaba estrechamente una rama de higuera, á cada sacudimiento crujía el árbol con espantoso ruido, y caían al río trozos enormes de cornisa. Hizo por fin el atleta montañés un esfuerzo supremo; soltó el árbol en el momento mismo en que el vestido del mancebo se desgarraba ya entre sus uñas convulsivas; cogióle con ambas manos y se enderezó otra vez con su carga semejante á un Alcides en los cirios olímpicos. Un espantoso trueno resonó en el acueducto, que parecía un aplauso de anfiteatro en aquella sublime escena.

—Dejadme morir, exclamó el joven, pugnando rabioso por desprenderse; ¡no me deshonreis dos veces!

—Venid, venid, exclamaba Ulrico, quiero devolver su hijo á vuestro padre.

—No, no, es inútil... yo volveré mañana solo, y me mataré en este mismo sitio.

—¡Pues bien! Me casaré con vuestra hermana.

Estenuado Ulrico por tan violentos esfuerzos, y sobre todo por el



que le costó pronunciar esta última palabra, había dejado en libertad al hermano de Margarita; alargóle una mano que este apretó cordialmente.

Bajaron silenciosos por la estrecha vereda y montaron á caballo delante de la gruta de los Gitanos.

—Al castillo de Remoulens, dijo Ulrico.

—~~S~~ nunca es demasiado tarde para hacer una buena accion.

—Vuestra hermana estará seguramente muy afligida.

—¡Oh! Mi hermana está moribunda desde la noche del baile.

—¡Ah! Si supiérais cuanto sufrí antes de decidirme á dar aquel escándalo! ¡La muerte me hubiera sido mas agradable!

—Ya lo creo, señor.

—¡Ah! Tal vez yo no conocia bien á Margarita. La creia ligera, fria insensible, evaporada; y yo, yo tengo tanta necesidad de un alma de fuego que correspondiera á la mia!

—Si; habíais juzgado mal de mi hermana... Si creyera que no os habia de hacer feliz, yo seria el primero que se opusiera á este matrimonio; porque sois muy digno de ser feliz; Ulrico, aunque niño, me parece que he comprendido el temple de vuestra alma.

—¿No teméis que mi presencia ocasione en vuestra hermana algun movimiento de alegría peligroso en su estado de debilidad?

—Sin duda alguna... será mejor prepararla.

—¿Sabe algo de nuestro desafío?

—No; es cosa que no he comunicado á nadie. Me suponen en el teatro de Nimes.

—Bien hecho... Qué deliciosa noche! cómo calma nuestra agitacion el respirar la frescura de este bosque, no es verdad?

—Yo me siento renovado en mi existencia, me parece que voy mas ligero sobre mi caballo y que acabo de salir de una enojosa pesadilla. Dadme la mano, Ulrico, mi libertador, mi hermano...

—Gracias, gracias por vuestro cariño ¡Oh, cómo me late el corazón!... Ya estamos en el puente colgante de Remoulens.

—Este no es tan peligroso como el de Gard.

—Me parece que veo luces en el castillo... oidme... pasaremos el puente, y entraremos en la alameda á pié para arreglar nuestros vestidos que estan horrorosamente destrozados.

Desmontáronse despues de pasar el puente, y entraron en una quinta donde repararon como mejor pudieron el desórden de sus trajes. No se habia engañado Ulrico, pues se divisaban muchas luces en la casa de campo. Los dos jóvenes se acercaban con una especie de timidez.

—¿Si me engañarian mis oidos? dijo Ulrico riéndose; me parece que oigo el piano.

—Cómo! el piano á esta hora! es imposible... mi hermana no ha tocado el piano desde... á no ser que toque la *Loca* de Grisar... ó alguna otra pieza análoga á su situacion... como el andante de la sinfonia en *do menor* de Beethoven...

—Voto va? dijo Ulrico, tengo yo algun duende en los oidos? Me parece que oigo una contradanza, la escocesa...

—Qué! imposible... *tara-lara-lara... tra-la-ra...* es el andante que os he dicho... la *Loca* de Grisar.

—Es increíble, mis oidos mienten...

—Ciertamente.

—Pero si estan bailando... os digo que estan bailando.

Emudeció el mancebo; Ulrico atravesó el cenador y se puso á mirar por las persianas del salon.

Hizo en seguida una seña al hermano de Margarita que se acercó con la cabeza baja.

El consejero municipal tocaba un rigodon en el piano. Una carcajada resonó por toda la sala. Reconoció Ulrico á la que tan destempladamente reia. Margarita brillando con la luz de una inalterable alegría, con un vestido blanco de batista, los cabellos trenzados con dos medallones de cristal bailaba el *solo* de la *Pastorella*, mientras su padre ofrecia refrescos á la tertulia.

Inclinóse Ulrico al oido del mancebo, y le dijo: ¿Queréis volver al puente de Gard?

—Ya os entiendo, respondió el hermano de Margarita, con los ojos arrasados en lágrimas; y dándole un abrazo, exclamó entre sollozos: ¡Adios! ¡Nunca nos volveremos á ver!

Ulrico corrió á la quinta, volvió á montar á caballo, y en tres botes se puso en la posada de Latoux, donde le estaban ya esperando su silla de posta, dos hombres, su criado y Durand.

—Tú aquí, Durand!

—Una hora hace.

—Y bien! ya ves que estoy bueno, que no me ha sucedido nada... y que me hallo perfectamente tranquilo.

—Oh! qué placer me causa el verte! Deja que te apriete la mano... ya me explicarás este misterio... aho a vamos á Nimes: deja ahí tu silla de posta...

—Estoy indeciso.

—¡Oh! tú no te marchas esta noche.

—No sé qué hacer...

—Yo hubiera venido hace dos horas; pero tú has trastornado mi casa: mi mujer ha estado desmayada; es tan extraordinariamente sensible... hubo que socorrerla... por fin, qué se yo lo que ha sucedido!

Clavó Ulrico los ojos en su amigo, y parecia agitado de una convulsion nerviosa. Por fin, exclamó con voz muy alterada...

—Está resuelto: adios!

—A dónde vás?

—Dame un abrazo.

Lanzóse en la calesa y tendió los brazos á Durand que se habia quedado inmóvil.

—Voy á la Thebaida de 1836.. Postillon á escape, camino de Leon por Remoulens.

**La manzana de la discordia.** En las bodas de Tetis y Peleo lanzó la Discordia sobre la mesa del festin una manzana con esta inscripcion: *á la mas bella*. Como es de suponer, se armó una gran disputa sobre quien seria esta.

El pastor Páris fué elegido por juez en la contienda, y dió la manzana á Venus.

**El cuerno de la abundancia.** Saturno, el tiempo, se comia á sus hijos. Su mujer Vesta, la tierra, cuando parió á Júpiter, lo escondió y dió para que lo criase á Amalteia que cuidó de él, y lo nutrió con la leche de una cabra. Para recompensar á Amalteia y á las ninfas que habian cuidado de su infancia, Júpiter les regaló un cuerno de la cabra que lo crió, al que dió la virtud de producir cuanto se le pedia. Como en aquella época lo que deseaban los hombres eran los bienes que producía la tierra, vemos siempre pintado el cuerno de la abundancia, rebosando frutas, espigas y flores. Si fuese de invencion moderna, se le veria producir monedas, cruces, bandas, y nombramientos de diputado.

**La cabeza de Medusa.** Medusa era hija de Ceta y del dios marino Forcus. Tuvo amores con Neptuno, y se vieron en el templo de Minervas. Esta diosa indignada de semejante sacrilegio metamorfoseó los cabellos de Medusa en serpientes y dió á su cabeza la virtud de cambiar en piedra á todos los que la mirasen. Perseo, conducido por Minerva le cortó la cabeza que Minerva puso en su escudo. De la sangre de Medusa nació el caballo Pegaso, el que con una patada que dió en tierra hizo brotar la fuente Hipocrene, que es el manantial mas inagotable de cuantos se conocen.

**Lúculus, cena en casa de Lúculus.** Era este un romano riquísimo y muy suntuoso y sobre todo amigo de vivir bien. Todas las noches daba espléndidos banquetes, y en una ocasion en que cenaba solo habiendo notado que habia menos platos, preguntó al mayordomo la causa, á lo que este contestó que era por estar solo el señor. ¿No sabes pues, repuso su amo, que Lúculus cena en casa de Lúculus? con cuya espresion se señala el aprecio propio y la importancia que se dan ciertas gentes fantásmas y presuntuosas.

**El jardín de las Hespérides.** Las Hespérides eran tres hijas de Hesperus, hermano de Atlas que tornado en estrella se llama Fosforus cuando antecede á la salida del sol, y Hesperus cuando sucede á la puesta del sol. Poseian sus hijas un magnífico jardín que producía manzanas de oro, y era guardado por un dragon que mató el nunca bien ponderado Hércules.

**El cinturón de Venus.** Inspiraba este adorno de la diosa de la hermosura tan irresistible amor, que la diosa Juno se lo pidió prestado para agradar á su inconstante marido Júpiter.

**El hilo de Ariadne.** Minos III rey de Creta labró un laberinto para encerrar á un monstruo que era medio toro, medio hombre, que se mantenía de carne humana y al que todos los años se le echaban siete jóvenes que devoraba, no pudiendo ellas huir ni hallar la salida del laberinto. Tocó un año á Teseo el ser victima del minotauro, y siendo amado de Ariadne hija de Minos, esta le dió un ovillo de hilo para que atase un cabo á la entrada del laberinto, y así pudiese volver á hallarla guiado por el hilo, y pudiese salir, lo que logró despues de haber matado al monstruo.

**El sombrero de Merlin.** Merlin era un inglés que en el quinto siglo hizo mucho ruido y fué reputado por un gran mágico. Decíase que habia traspuesto de Irlanda á Inglaterra las grandes rocas que se levantan en Salisburg. Hizo muchas profecías: nada de extraño es que se le atribuya á su sombrero la virtud de hacerlo invisible.





## LA VERBENA DE SAN ANTONIO.

A D. ANTONIO DE GONGORA.

## El Manzanares.

Manzanares, que disfrutas  
la fama de silencioso  
cómo sufres en tu casa  
tanta bulla y alboroto?  
—No hay en la mia algazara  
ni yo me altero tampoco:  
es en casa de un vecino  
que llama la corte, Antonio.  
Reniego yo de esos hombres  
tan amigos de jolgorio...

—Déjale en paz, no murmures,  
porque yo murmuro poco.  
—¿Y tú no vas á mezclarte  
entre esa turba de locos?  
—Se gastan muchos caudales  
Y yo no soy caudaloso.  
No me vuelvas con preguntas  
que me voy quedando roñero  
y se me seca el gaznate  
si otra palabra respondo.

## II.

## La Verbena.

¿Dónde va usted niña hermosa,  
con ese paso de reina?

—Voy á gozar esta noche  
del fresco de la verbena.

Ya con sus toques nos llaman  
las campanas de la iglesia,  
quiero ver á San Antonio  
que es patron de las doncellas.

—Pues aseguro que el santo  
no tendrá gran clientela.

—De mozas y de galanes  
poblada está la ribera.

—Aun están, niña preciosa,  
mas pobladas vuestras cejas.

—Guitarras traen los unos  
y las otras castañuelas.

—Las unas traen ojos negros  
los otros patillas negras.

Bien resuenan las guitarras,  
mozos templados las templan.

Bien las castañuelas tocan,  
tales niñas las manejan.

Ya forman círculo todos  
ya la danza se comienza,

ya con su voz argentina  
coplas canta una morena.

—Todo es placer y bullicio,  
todo confusion y gresca.

Uno pregoná á estelado  
de Fuenlabrada las buenas,

otro en aquel nos ofrece  
aguardiente y aniseta.

Aquí San Antonio venden  
acá rosas y azucenas,

allí veraniegos jarros  
allá licor en botellas.

Muchachas de quince abril  
transitan por la arboleda;

almibarados mancebos  
corren ardientes tras ellas.

—Casadas van con solteros  
y maridos con solteras:

todos frenético gozo  
en su semblante revelan.

Aquí se vé el mundo nuevo  
allá se ven muchas viejas...

—Tanta apretura fatiga  
tanto desórden marea.

—¿Quereis, hermosa, marcharos?

—Marchemos en hora buena.

—En aquel bosque sombrío

estareis menos estrecha.

—Vayamos, pronto, vayamos  
¡Jesús y qué polvareda!

## III.

## Despues de la verbena.

San Antonio, que descubres  
cuanto se suele perder

entre aquellas apreturas  
un pañuelo se me fué.

—Yo he perdido mi dinero  
por convidar á Isabel

y despues que se ha atracado  
me muestra ceño y desden.

—Yo he perdido mis zapatos  
por bailar con tanta fé;

hermana de las Descalzas  
desde mañana he de ser.

—San Antonio, que descubres  
cuanto se suele perder,

una flor que al venir traje  
yo no sé donde la eché.

—Yo por subir al *tio vivo*  
he perdido á mi mujer

pero siempre que se pierde  
se la encuentra don Miguel.

—Yo he perdido... la cabeza  
en una riña cruel,

pero vendré á tu verbena  
mientras conserve los piés.

V. MARTINEZ MULLER.

13 de junio de 1855.



(Ídolo chino.)

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.